
Oficio de escribir

Poemas

Luis Blanco

Maestro nacional.

Ya no me llamo Luis.
Llamadme Pájaro,
Mariposa o Cascada,
Huracán o Remanso,
Torbellino, Alborada...
o Estrella del Ocaso.

Que yo no soy un baúl
en el que se guarda todo
o en cuyo fondo escondimos algo.

Que prefiero, mejor, ser un cántaro
que va y viene, viene y va
de la fuente
a la tinaja de barro.

De la tela, un retazo
en múltiples formas destrozado.
O arco-iris de colores,
refulgente, en el infinito espacio.
O de la hogaza un pedazo,
con navaja recortado...
o, simplemente, a mano...

Ya no me llamo así:
Llamadme Pájaro
que, al nuevo día rayando, trina, levantando el vuelo
y, mansamente, se va posando
del roble arriba, en su copa.
O en una roca.

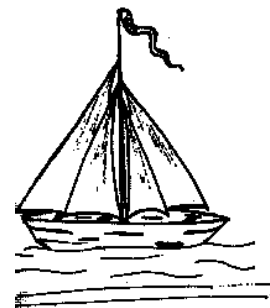
O en la rama vacilante de cualquier avellano.

Y no quiero ser baúl
sino, mejor, un cántaro.
Y no de bronce, duro,
sino frágil... de barro,
de los que van a la fuente tanto,
que en un atardecer cualquiera,

de un miércoles o de un sábado,
al menor soplo del viento,
al golpe de la lluvia, del granizo,
... o de infantil cantazo,
yace, por el suelo, roto,
y mezclado con la tierra, en mil pedazos.

Ya no me llamo Luis.
Llamadme, mejor, Delfín,
Gaviota
...o Guijarro.

Montemayor del Río 6-10-91



Soñaba con ser Gaviota,
Barco velero,
Golondrina,
o Milano.
Soñé con surcar los mares
hacia lugares lejanos.
Soñé levantar el vuelo
hacia el infinito espacio.

El tiempo fue transcurriendo.
Desgranáronse los años.
La arruga surcó mi frente.
Tornose el cabello blanco.

Y no quise ser Gaviota,
Barco velero...
O Milano.
Deseché surcar los mares
o remontar el espacio
para enraizarme en el polvo
... y quise trocarme en árbol.

Como un olmo castellano
en la Ribera del Duero,
de la Soria de Machado.

O dura encina extremeña
de una dehesa, cabe al Tajo.

O enhiesto chopo, amarillo,
de cualquier valle serrano.

Y con el tiempo, despacio,
las velas, alas y plumas, del velero o el milano
resquebrajando la tierra,
en raíces se trocaron
... hacia profundos arcanos
de fuera el centro buscando.
Y en tronco, robusto y fuerte,
la copa el azul buscando,
donde mis gentes hallaran
sombra, frecor y descanso.

Dejé de soñar espacios
para clavarme al barranco.
Después con la primavera
puede que anide el milano,
la dulce tórtola o...

... Y luego,
a comienzos del verano,
las crías aletearán
desafiando los espacios.

Montemayor, 12/13-10-91



«... y quiero que me enterréis
arriba, en el altozano.
Y que no me pongáis cruz
sino un roble o un castaño
cuya sombra os dé cobijo
y aniden en él los pájaros».

Estas palabras nos dijo
aquella tarde de marzo,
antes que la primavera
despertase nuestros campos.

Hoy me parece escucharle,
aquella tarde de marzo,
en que el viejo patriarca,
recostado en el escaño,
—sabiendo pronto su fin—
fue, con calma y parsimonia,
sus palabras desgranando.

«... no quiero que me llevéis
hasta el viejo camposanto,
a la sombra del torreón,
bajo el ciprés centenario.
Mejor enterradme ahí.
Arriba, en el altozano,
desnudo, como nació.
Sin lágrimas y sin cantos.
En silencio
... y muy despacio».

Así padre-anciano habló
aquella tarde de marzo.
Y la nieve, lenta y mansa,
cubrió de cera los campos.

Al crepitar de los leños,
mirando hacia el altozano,
antes de la primavera,
el viejo marchó soñando.
Se fue sin hacer ruido
como los copos...
Despacio.

Y hoy escucho sus palabras
—que no borraron los años—
desde la tibia solana,
en otra tarde de marzo.

Montemayor, 6-10-91.